

**Ilustración 1.** “Hermoso retrato del Señor Presidente de la República. Uno de los más originales que se le han hecho. Tomado por nuestro fotógrafo en el Museo Nacional, el domingo último”, *La Semana Ilustrada*, 2 de septiembre de 1910.

---

## Entrada libre

### Una nota sobre el coleccionismo de libros

#### Sinclair Lewis

Esta nota apareció originalmente en *Samples. A Book Containing Many Fine Pages from the Books to be Published by The Limited Editions Club*, 7ª serie, en 1941. El popular novelista que fue Lewis no sólo llegó a escribir algunos prefacios para varios de los títulos de The Limited Editions Club, sino que además fue parte del jurado (junto con Clifton Fadiman y Sterling North) que en 1941 entregó la medalla de oro de este club a Ernest Hemingway, por su novela *Por quién doblan las campanas*. Traducción de Antonio Saborit.

**R**emontándome cuarenta años, al tiempo en el que yo tenía diez, me acuerdo de cada uno de los volúmenes de los trescientos o cuatrocientos libros que formaban la biblioteca de mi padre, médico de pueblo: trescientos o cuatrocientos, aparte de los portentosos repositorios de misterios médicos, con pastas de piel y colmados de láminas en color que mostraban las espantosos secretos de las entrañas; los cuales, cuando El Doctor se sumía confiadamente en algún caso, hacía ver a los amigos para temblar. Allí estaban novelas de regalo navideño, desde luego, en el falso lustre de sus cubre polvos estampados, y un pantano de enciclopedias condensadas con pobres dibujos a línea y el *Beacon Lights of History*, y una *Concordancia* de la Biblia —ignoro cómo fue que ésta llegó ahí, a una casa que aceptaba lo que el predicador, en su príncipe Alberto negro, nos dijera sobre historia bíblica y lo asumía, sin jugar con la fe.

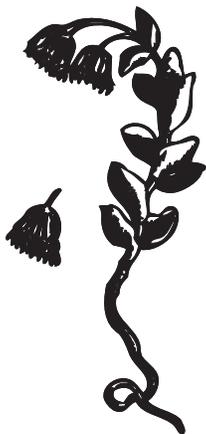
Pero entre estos lomos un tanto gastados puedo ver cuatro piezas emocionantes: las obras completas de Dickens, las de Scott, un ejemplar de Goethe y una edición encuadernada en piel de Milton; emocionantes no nada más por los personajes fabulosos que las habitaban, sino por los libros en sí. Es probable que de cualquier modo yo hubiera amado a Ivanhoe y a Rebecca y a Rowena, pero sé que al cabo de cuatro décadas los sigo

observando en la voluptuosidad del grabado: el pálido caballero al volver de las Cruzadas, la torre cubierta por completo de hiedra, las trenzas del abandono de la damisela. No estoy seguro de que estas ilustraciones, estas páginas de atractiva tipografía, fueran buenas, en términos sociológicos, para un chamaco en un pueblo de la pradera. Tal vez sólo le velaran las alegrías realistas de recorrer los ásperos campos y de ponerse a pescar en el arroyo. Pero sí sé que para él eran muy queridos e inquietantes.

Y que conociera a Pickwick y a la señora Nickleby y al Misterioso Extranjero de *Grandes esperanzas* en los dibujos de Phiz y Cruikshank fue importante; y tal vez fue importante que allá en 1895, cuando casi todos los libros “comerciales” estaban pésimamente diseñados y mal encuadernados en una tela café con aire penitencial, el Milton estuviera bellamente forrado en piel. Este fue el primer libro, aparte de los libros de la escuela, que compró mi padre, y se hizo de él a partir de dolorosos ahorros de su magro salario como maestro rural en las colinas de Pennsylvania, mucho antes de estudiar medicina. Una espada ancestral no entrañaría un recuerdo más orgulloso.

Tan misteriosa como su *Concordancia* era su *Wilhelm Meister* en alemán. Sabrá Dios dónde lo obtuvo; lo más cerca de Alemania que llegó a estar fue Connecticut; y aunque su alemán hablado era fluido, su gramática era tan inocente como la de un hotentote, y estaba hecha de frases como “Nun, Emil, wie ist die bellyache seit Sie die pork-chops fressen geendet?” Ahí estaba, sin embargo, el brillo y el aroma de Europa en ese libro repujado con la tipografía gótica y los delicados dibujos a pluma y tinta. Ni una película de viajes contemporánea, con las impertinentes carcajadas del comentarista, ninguna “sección de rotograbados” de 1941, le podría haber dado al niño una idea tan palpitante de lo antiguo, de lo ajeno, de lo extraño y sin embargo familiar, como ese bello libro. Me alegra que mi padre lo tuviera en lugar del mármol de un “esclavo griego” o de un carruaje con caballos de color nogal. Aquí aprendí cómo la vestimenta es capaz de embonar con el espíritu de un libro.

Hay dos tipos de coleccionismo de libros: el de los libros buenos y memorables por ellos mismos, y el de “piezas” que sólo son raras —y por lo general monstruosamente caras—. Sospecho que los devotos de este segundo tipo de coleccionismo son tan exhibicionistas como la triste gente que es famosa por tener la casa más grande en la Avenida Myrtle o porque tienen el limosín más caro en Omaha o el más extenso listado de grados honorarios en la universidad. Poseer uno de los tres ejemplares de un pequeño panfleto oscuro escrito por Thomas Hardy antes de que fuera él; rastrear y pagar una buena can-



tividad de dinero bueno por una de las pruebas finas de la primera edición de una novela de Kipling —el ejemplar en el cual, en la página siete, Smith está escrito Smit; esto es menos noble que coleccionar timbres, pues los timbres al menos llevan bellas ilustraciones diminutas y les enseñan a los jóvenes que existen lugares como Sokotra, Cyrenaica y el reino de Bután (capital, Punaja, una sólida fortaleza natural; gobernante, Maharajá Jik-me Wangchuk). No, coleccionar libros por su rareza equivale a coleccionar bastones, álbumes de bodas, o las camisas de los héroes del cine.

Pero coleccionar libros que destacan por ellos mismos, que son un gusto para el tacto lo mismo que para la vista, que son una obra maestra por su papel, por su encuadernación, por la composición de la página, no es muy distinto a coleccionar grandes pinturas —y es cien veces o algo así más posible para bolsillos no muy grandes.

Pero hasta esos libros, lo oigo a amigos que tienen mucho más dinero que yo, se les hacen muy caros a ellos. En fin, esa gente se gasta dos mil o tres mil dólares en un automóvil; tres o cuatrocientos dólares en un radio; cuatrocientos dólares mensuales de renta, y no le duele —y una magnífica colección de buenos libros se puede formar, y lo sé porque yo lo he hecho, por medio de The Limited Editions Club, por no más de diez dólares el ejemplar—. Creo que así como mi padre me dejó su Milton, prefiero dejarles a mis dos hijos algo así como un centenar de libros, cada uno de los cuales sea un deleite que perdure unos cien años, ien lugar de los restos de un Rolls Royce de diez años, el gabinete de un radio obsoleto y un puñado de recibos de la renta!

*Creo que así como mi padre me dejó su Milton, prefiero dejarles a mis dos hijos algo así como un centenar de libros, cada uno de los cuales sea un deleite que perdure unos cien años*

## Orozco en Nueva Inglaterra

**Lewis Mumford**

Este ensayo apareció originalmente en la entrega del 10 de octubre de 1934 de la revista *The New Republic* (vol. LXXX, núm. 1036). Vicente Rojo Cama dio con él mientras trabajaba en una exposición de Orozco caricaturista en el Museo Nacional de Arte y Carlos Monsi-